

Homilía de XXXI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2023 - 2024 - (Ciclo B)

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”

Introducción

Como es habitual la primera lectura del domingo, que es del Antiguo Testamento, tiene que ver también, es un buen contraste, con la lectura del evangelio. Este domingo el Deuteronomio nos cuenta que Moisés se dirige al pueblo para transmitirle lo que el Señor manda; al pueblo de Israel que emigra a la tierra que mana leche y miel... la tierra prometida.

“Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas” (Dt 6,5) No es solamente un mandato, una orden para merecer la tierra prometida, es el camino, es hacer posible que esa tierra sea la realidad de Dios.

La tierra, nuestro lugar, su bondad o su maldad depende de cómo se habita, depende de nosotros. La felicidad del ser humano, depende del ser humano. Podríamos decir más, la tierra prometida no es un lugar, es un estado personal y colectivo de la humanidad al que estamos llamados.

Este mandamiento que Moisés recuerda al pueblo es ley divina que cumpliéndola hará posible que la vida sea crecimiento; es una manera de habitar, de estar, que hace al ser humanos más coherente, más veraz, más humano, más divino.

Como he dicho más arriba, si leemos el evangelio de este domingo (Mc 12,28-34) aparece un contraste y algo más de lo dicho por Moisés. Se amplía, se extiende, ese mandamiento a cumplir con los demás, no sólo con Dios.

Jesús responde a la pregunta de un letrado. “-¿Qué mandamiento es el primero de todos? Respondió Jesús: -El primero es: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas (Dt 6, 4-5). El segundo, éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lv 19,18)” (Mc 12, 29-31).



Fr. José Luis Ruiz Aznarez OP
Convento de Predicadores Cardenal Xavierre (Zaragoza)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro del Deuteronomio 6, 2-6

Moisés habló al pueblo diciendo: «Teme al Señor, tu Dios, tú, tus hijos y nietos, y observa todos sus mandatos y preceptos, que yo te mando, todos los días de tu vida, a fin de que se prolonguen tus días. Escucha, pues, Israel, y esmérate en practicarlos, a fin de que te vaya bien y te multipliques, como te prometió el Señor, Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel. Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón».

Salmo

Sal. 17, 2-3a. 3bc-4. 47 y 51ab R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. R/. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos. R/. Viva el Señor, bendita sea mi Roca, sea ensalzado mi Dios y Salvador: Tú diste gran victoria a tu rey, tuviste misericordia de tu ungido. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 7, 23-28

Hermanos: Ha habido multitud de sacerdotes de la anterior Alianza, porque la muerte les impedía permanecer; en cambio, Jesús, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Pautas para la homilía

Necesitamos saber, conocer, para vivir...

El letrado, posiblemente lo tenía claro, en teoría, cumplir los mandamientos. Sí, pero “¿hay algo más?” A este letrado, parece que el hecho de conocer, saber la teoría, no era suficiente. Quizá necesitaba saber también el cómo desarrollar, cómo hacer realidad ese mandamiento. El mandamiento: “... amarás al Señor nuestro Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda tu mente y todas tus fuerzas.” (Dt 6,4-5)

La respuesta a la pregunta del letrado comienza así: “¡Escucha...!” Se nos pide atención, olvídate de los deseos e intereses personales, si quieres enterarte. Escuchar y hacer nuestro el mandamiento de forma que la razón de ponerlo en práctica no sea el hecho de cumplirlo... sino una decisión desde la libertad. No está el valor en el hecho de ser mandado, sino que está en su contenido que nos motive a llevarlo a cabo. Dios no es un tirano, Dios es Padre, no impone, invita, propone. Dios es siempre posibilidad de ir más allá, crecer... Por tanto, no es el cumplimiento sino la opción libre de hacer realidad en nuestra vida algo que realmente nos llena de sentido. Que nuestra vida sea un desarrollo de relaciones con Dios, con los demás, con nosotros mismos, siempre desde el amor, con amor.

Amar a Dios, amar al prójimo.

La respuesta de Jesús al letrado, añade el amor al prójimo. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lv 19,18)”

Hagamos memoria, traigamos a nuestro mente y a nuestro corazón lo que Juan dice en su primera carta: “Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente; pues si no ama al hermano suyo a quien ve, no puede amar a Dios a quién no ve.”(4,20).

El planteamiento, por tanto, del evangelio es más amplio, más vital, tener presente a Dios y tener presente al prójimo. Esta presencia es riqueza y gracia cuando se traduce en unas relaciones desde la gratuidad, la gratitud, el servicio y la aceptación, todo esto son signos y manifestaciones de amor.

La respuesta de Jesús al letrado es, por tanto, todo posibilidad, llamados a ir más allá desde nuestra condición humana. La importancia de amar a Dios y amar al prójimo es la misma. Nuestra relación con Dios se resuelve en nuestra relación con los demás, con los que convivimos, con los que buscamos y hacemos la vida.

Volvemos a las palabra de Juan. A Dios no lo vemos y sí vemos a nuestro prójimo, amando a quién vemos y conocemos podemos saber, sentir, afirmar que amamos a Dios.

¿A qué Dios amamos?

Una cuestión importante: si nos limitamos a decir y pensar que nuestro objetivo, nuestro compromiso, es amar a Dios y nos olvidamos de los demás tenemos que preguntarnos: ¿a qué Dios amamos? A un Dios que me da seguridad, me protege, “me saca las castañas del fuego”, me da la razón, y/o cuando las cosas no salen como uno pretende la culpa es de Dios que se ha olvidado de mí.

Podríamos pensar que amar a Dios, olvidándose de los demás, es caer en el error de crearse un dios a nuestra medida, a nuestra conveniencia, un dios a imagen y semejanza de uno mismo. Más todavía, un dios al que le decimos lo que tiene que hacer, a quién ha de premiar y a quién ha de castigar. Este no es el Dios de Jesucristo, no es Dios Padre (Abba) en el que descansaba, confiaba Jesús de Nazaret. No es el Dios que llama a nuestra puerta que ocupa nuestro corazón (otra cosa es que le hagamos caso, que queramos reconocerlo). Más, desde la realidad humana que se hace cada día, que puede crecer... sabemos y distinguimos lo que es el bien y lo que es el mal. Experimentamos momentos, situaciones, encuentros, que podemos definir como amor. Y es amor siempre cuando nos interesamos por el bien de lo que amamos, cuando aceptamos a cada cual como es... El amor es contemplación, miremos con limpieza, dejemos lo que “me gustaría” y lo que “debería”, contemplemos y miremos con amor lo que “es”.

Para la reflexión

Partamos de la experiencia.

Valoremos la satisfacción personal de nuestros actos cuando son respuestas desde la coherencia, la veracidad, la sinceridad... en contraste con lo que hacemos desde la obligación, lo que está mandado, lo que me conviene.

Valoremos la satisfacción personal cuando somos nosotros los beneficiarios de la atención de los demás. Distinguimos cuando somos atendidos desde el “quedar bien”, el cumplimiento o, por el contrario, cuando somos atendidos, mirados con amor sincero, veraz...

Desde este contraste, conscientes, elijamos cómo amar a Dios y al prójimo.

“Amar al prójimo como a ti mismo”. No está mal... pero si el objetivo es ser bueno para que conmigo sean buenos, es una razón egoísta. Por otra parte, aceptar que no todo lo que para mí es bueno, tiene que ser bueno para los demás. El amor al prójimo precisa de saber guardar una distancia para permitir que el otro

sea el mismo.

Desde este contraste, conscientes, revisemos y aprendamos a amar a Dios y al prójimo.



Fr. José Luis Ruiz Aznarez OP
Convento de Predicadores Cardenal Xavierre (Zaragoza)

Evangelio para niños

XXXI Domingo del tiempo ordinario - 3 de noviembre de 2024



El mandamiento principal

Marcos 12, 28-34

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: - ¿Qué mandamiento es el primero de todos? Respondió Jesús: - El primero es: "Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos. El letrado respondió: - Muy bien, Maestro; tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: - No estás lejos del Reino de Dios. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Explicación

Un hombre se acercó a Jesús para pedirle opinión sobre cuál era el mandato más importante de la Ley de Moisés que los buenos judíos debían cumplir. Muchos creían que era descansar el sábado, como día especial dedicado a Yavé Dios. Y Jesús le respondió: "Ama a Dios con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo. Eso es lo que Dios desea, y es lo más importante en la vida de un buen judío".

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo un letrado se acercó a Jesús y le preguntó:

LETRADO: Maestro, ¿qué mandamiento es el primero de todos?

JESÚS: El primero es: "Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"

NIÑO1: ¿Por qué dices dos mandamientos si sólo te ha preguntado uno?

JESÚS: No hay mandamiento mayor que estos...y no se pueden separar.

LETRADO: Pienso como tú y creo que estos dos mandamientos valen más que todas las ofrendas y sacrificios.

JESÚS: No estás lejos del Reino de Dios.

LETRADO: ¡Gracias, Maestro!

NIÑO2: Amar al prójimo, amar al prójimo...¡No sé por qué siempre estamos en lo mismo!

NIÑO1: Yo sí lo sé, ¡Porque es lo que más cuesta!

NIÑO2: ¿Y si yo amo mucho a Dios y no a los que me caen mal?

NIÑO1: Eso es imposible, ¿cómo vas a amar a Dios, al que no ves, y no amar a los que sí ves?

NIÑO2: Jesús dice que tengo que amar al prójimo, pero...¿quién es mi prójimo?

NIÑO1: Yo creo que mi prójimo es toda persona que necesita ayuda.

NIÑO2: ¡Pues no es difícil ni nada amar al prójimo como a uno mismo!

NIÑO1: Si nos quisiéramos todos así, no habría guerras, ni peleas, ni robos, ni envidias...¡El mundo parecería otro distinto!

NIÑO2: Sí, para que el mundo parezca otro...sólo tenemos que hacer dos cosas...

NIÑO1: Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas...

NIÑO2: Y al prójimo como a uno mismo.

NARRADOR: Nadie se atrevió entonces a hacer más preguntas.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández